

## *EL RIESGO DE ESCALADA ATOMICA EN VIETNAM*

Cualquier estudio, por esquemático que pretenda ser, sobre el posible proceso evolutivo futuro de la guerra del Vietnam, ha de comenzar por intentar un encuadre político-estratégico del conflicto, de modo que quede situado en el marco real donde pueda ser observado objetivamente.

Prescindiendo de toda consideración de tipo secundario, lo que define, en el campo de la política internacional, el conflicto vietnamita es su condición de punto de máxima fricción entre Oriente y Occidente. Vietnam representa, en los momentos actuales, la zona de choque o frente caliente de la guerra fría entre los dos mundos antagónicos del Este y del Oeste, por lo que en él han de converger los máximos esfuerzos en oposición, y en él ha de empeñar cada bando todos los recursos políticos, estratégicos y militares a su alcance para decidir la partida a su favor, pues la apuesta es de un valor considerable.

En esta trascendental jugada, el choque se produce formalmente entre dos pequeñas potencias secundarias afectas, cada una, a uno de los dos bloques antagónicos: Vietnam del Norte y Vietnam del Sur. Incluso apurando el formalismo diplomático, la situación del conflicto debería definirse, en rigor, como un estado de guerra civil dentro del Vietnam del Sur. Pero la realidad política y estratégica es, nadie lo duda, muy otra. La realidad es que en la prueba de fuerza que se está desarrollando en el Sudeste de Asia existen dos protagonistas absolutos, China y los Estados Unidos, quienes tienen en sus manos las bazas definitivas del juego. Son, pues, los intereses de China y los intereses de los Estados Unidos los determinantes, en última instancia, de toda posible evolución del conflicto vietnamita.

Centrado el problema en su dimensión política, es preciso definir igual-

mente su dimensión estratégica, mediante un somero análisis de los objetivos de cada uno de los dos sujetos interesados directa y decisivamente en la cuestión. En principio aparece como realidad indudable la diferente actitud estratégica de cada uno de ellos: actitud claramente ofensiva la de la China comunista y palmariamente defensiva en su oponente. China se presenta como deseosa de alcanzar ciertos objetivos concretos, mientras los Estados Unidos centran su interés estratégico en negar a la China el alcance de sus positivas pretensiones.

Aparte del gran objetivo permanente de la China roja, de expandir por el mundo el dominio comunista, de acuerdo con el más firme postulado de su ideología, los objetivos inmediatos que Pekín, en la actual coyuntura estratégica de Asia, puede creer a su alcance, son de tres tipos: geopolíticos, psicológicos y económicos. Estos objetivos se le ofrecen, precisamente en el Sudeste asiático, y no los puede encontrar, aunque ha intentado buscarlos, en ninguna otra dirección, ya que por el norte y el oeste chocaría demasiado violentamente con Rusia, y por el sur la India se le ha mostrado muy difícilmente abordable. En el Sudeste asiático, en cambio, la satelización del Vietnam, seguida de una fácil absorción posterior del resto de los países de la península Indochina, procuraría a Pekín, en primer lugar, el gran objetivo geopolítico de una franca salida al mar libre y su asentamiento en unas posiciones geoestratégicas de dominio sobre la delicada zona de los estrechos de Malaca. Un triunfo de tal magnitud tendría una profunda repercusión psicológica en todos los pueblos del tercer mundo y en especial entre los asiáticos, que verían al coloso chino extender su irresistible influencia hasta los confines meridionales del continente amarillo, del cual quedaría como indiscutible árbitro. Y, por último, de consumarse una victoria china en Vietnam, los beneficios resultantes del consiguiente control de las producciones agrícolas y mineras de la zona arroceras y cauchifera indochina, reforzarían vigorosamente su economía.

Los Estados Unidos, en evidente y definido contraste, no pueden buscar en el Sudeste asiático ni objetivos geopolíticos, ni psicológicos, ni mucho menos económicos de carácter positivo, por la sencilla razón de que la zona en litigio no se los ofrece, o mejor aun, lo que la zona puede ofrecer de positivo a los Estados Unidos en estos aspectos, ya lo poseen. Pero lo que de ninguna manera les es permitido a los Estados Unidos, es consentir que su máximo enemigo en potencia aumente su poder de forma tan considerable como la que se desprendería de una tan definitiva expansión china, que re-

dundería en pérdidas sustanciales en la actual situación estratégica, psicológica y económica de Norteamérica y del mundo libre. De ahí que, aun siendo los objetivos norteamericanos de carácter marcadamente negativo, y su actitud ante el problema del Vietnam lógicamente defensiva, la fuerza con que están obligados políticamente a conseguirlo sea de tanta intensidad, al menos, como la que anima a la China roja a alcanzar los suyos. Existe, pues, y esto es del mayor interés en nuestro análisis, un rígido equilibrio de intenciones en cuanto a la determinación que anima a ambos contendientes para conseguir sus objetivos.

Diseñado de este modo el cuadro político-estratégico en que se nos presenta esquemáticamente el conflicto del Vietnam, resulta fácil explicarse el proceso que hasta ahora ha seguido la evolución de los acontecimientos desde la iniciación del problema hasta el momento presente.

En sus líneas generales, tal proceso puede calificarse como una doble y paralela escalada política y militar.

En sus comienzos, la cuestión vietnamita apareció como una leve disputa post-colonial entre las dos partes en que quedó dividida la Indochina francesa. En seguida, tal disputa, centrada inicialmente entre los dos hombres fuertes de cada una de las partes litigantes: Ho-Cho-Min, el hombre del Norte, y Diam, el hombre del Sur, sube el primer peldaño de la escalada política y pasa a manos de sus respectivos "padrinos" políticos: Mao y Kennedy. Simultáneamente se inicia la escalada militar mediante el envío de consejeros revolucionarios de China a Vietnam del Norte y consejeros militares de Estados Unidos a Vietnam del Sur. A este primer salto suceden otros de todos conocidos: Por parte China, el envío de fuerzas, y de material, con el consiguiente apoyo político incondicional a los nord-vietnamitas. Por parte americana, el envío de unidades operativas terrestres y la intensificación del apoyo económico a los sud-vietnamitas. Sucesivos peldaños de la escalada fueron los ataques por lanchas rápidas nord-vietnamita a unidades de la VII Flota en el Golfo de Tonkin, con la respuesta en "represalia" (anotemos bien esta palabra) de los bombardeos americanos a instalaciones fronterizas de Vietnam del Norte, quienes posteriormente vuelven a dar otro paso ascensional al atacar directamente aeródromos militares norteamericanos e incluso instalaciones civiles y diplomáticas, lo que acarrea un nuevo escalón americano: la extensión de los bombardeos a todo el territorio del Norte. De este modo, peldaño a peldaño, paso a paso, se ha ido escalando paralelamente por ambas partes hacia posiciones militares y políticas cada vez

más duras, cada vez más comprometidas y, lo que es más grave, cada vez más peligrosas.

Simultáneamente se produce un proceso paralelo de frenado mediante maniobras políticas sobre tanteos de negociación que provocaron, en principio, una "pausa" (anotemos esta palabra) en los bombardeos norteamericanos durante la última Navidad y un cese igualmente temporal de actividad bélica terrestre en los frentes de combate. Fracasas los intentos de negociación, concluye la "pausa", se reanudan bombardeos y combates y... continúa la escalada.

Norteamérica emprende acciones militares directas tanto por tierra como por mar y por aire, y China empuja a Vietnam del Norte a que los ataques se generalicen en todo el territorio del Sur, incluso en Saigón. En estos momentos se está planteando un nuevo salto ascendente en la escalada americana: el proyecto de minado del puerto principal de Vietnam del Norte: Haiphon, y el bombardeo aéreo de la capital, Hanoi. Si este paso se diese, es muy probable que la respuesta de China no se hará esperar, quizá en la forma de una franca declaración de guerra a Vietnam del Sur.

Queda claro, para cualquier observador objetivo de los acontecimientos, que el proceso seguido hasta ahora en el conflicto del Vietnam responde a la figura de una decidida escalada ascendente que continúa su progresión sin que aparezcan situaciones de estabilización alguna.

Por otra parte, los objetivos iniciales, ya analizados, de los dos contendientes permanecen, al parecer, invariables. Ni China ha dado muestra de renunciar a sus pretensiones, ni los Estados Unidos parecen estar dispuestos a ceder estratégicamente ante China. En tales circunstancias, la cuestión que se plantea de cara a la posible evolución futura del conflicto es terminante: ¿Seguirá la escalada militar en la guerra del Vietnam hasta desencadenar un conflicto atómico grave?, o ¿se estabilizará en un determinado nivel de empleo de medios convencionales y guerra revolucionaria hasta desembocar en una cesión por alguno de ambos bandos o una victoria completa de uno de ellos?

Para contestar a esta angustiosa interrogación, cuya respuesta posee un contenido de grave trascendencia para el mundo, es preciso recurrir a la formulación de las hipótesis que con la máxima garantía de viabilidad puedan señalarnos los posibles derroteros futuros del conflicto.

Tomando, como punto de partida de nuestro análisis especulativo, la situación actual, es posible afirmar que la guerra del Vietnam, observada en

su aspecto técnico, puede definirse como una agresión subversiva de China en el territorio de Vietnam del Sur, a la que los Estados Unidos oponen una acción defensiva de tipo convencional. Por el lado chino se emplea el arma psicológica, la guerrilla, el terrorismo, la acción revolucionaria. Por el lado americano se contesta con el bombardeo aéreo, la interdicción clásica, la limpieza de zonas, la acción antiguerrilla, la lucha antirrevolucionaria. El cuadro encaja perfectamente en conocido aforismo filosófico-militar de Mao-Tse-Tung según el cual no existen más que dos tipos de guerra en el mundo: la guerra revolucionaria y la guerra contrarrevolucionaria.

Se lucha, pues, en cada bando, según un tipo de guerra diferente, con tácticas diferentes, medios diferentes e incluso diferente doctrina. ¿Cuál de los dos sistemas posee mayores garantías de victoria? He aquí la primera cuestión importante del problema.

Hasta ahora, en las tres experiencias históricas en que se ha producido este fenómeno, el éxito ha estado siempre del lado de quien emplea la guerra subversiva y revolucionaria. En Cuba, Fidel Castro, empleando la modalidad de guerra revolucionaria, venció a Batista, que se defendía con medios convencionales. En Indochina, los franceses, a pesar de sus bien dotados ejércitos convencionales, fueron derrotados por la acción guerrillera y psicológica adversaria. En Argel ocurrió otro tanto.

Estos hechos pudieran inducir a pensar que la acción subversiva, en su fase de guerra abierta y declarada, es invencible. La realidad o falsedad de este aserto está ahora en manos de Norteamérica. Si los Estados Unidos ceden en Vietnam, el prestigio de la doctrina militar revolucionaria subirá hasta las nubes, lo cual, ya de por sí, representa un grave peligro para todo el mundo occidental.

En este aspecto existe un punto de fortaleza, aún en litigio, a favor de la guerra convencional, representado por la lucha que Portugal mantiene, con indudable tesón y halagüeños resultados, en sus provincias de Africa.

Ahora bien, supuesto un prolongado estado de equilibrio entre ambos tipos de guerra, se corre el riesgo de continuar la escalada en busca de una ruptura de tal equilibrio en beneficio de quien "escale" con mayor rapidez.

La situación, dentro de tal supuesto, no admite más que dos alternativas: la negociación, en la que ambas partes cedan sustancialmente en sus pretensiones, o el progresivo endurecimiento de la lucha hasta llegar a la confrontación directa entre los dos reales protagonistas: China y los Estados Unidos.

Esta confrontación directa sería el último peldaño del proceso de escalada dentro del plano de guerra limitada. El paso siguiente sería, ya, la ascensión a la guerra total, donde tiene su plena aplicación la estrategia disuasoria nuclear.

Dado que ambos contendientes poseen capacidad nuclear, aun cuando China presenta un nivel muy inferior al de los Estados Unidos, un enfrentamiento bélico directo entre ambas potencias puede alcanzar el umbral de la guerra nuclear, posibilidad que aumenta con el tiempo, a medida que China vaya contando con mayor capacidad atómica tanto en reserva de explosivo como en técnica de proyectiles.

La hoy tremenda superioridad norteamericana en potencia nuclear sobre China, aunque condiciona, en parte, la posibilidad de una escalada atómica, no la anula por completo, ya que el límite mínimo que, según la teoría francesa del "átomo como igualador de potencia", hace efectiva la estrategia de disuasión, puede situarse a una capacidad muy limitada de represalia nuclear, pero suficiente para provocar en territorio enemigo un nivel de destrucciones tal que haga dudoso el beneficio de unos objetivos estratégicos secundarios. China puede llegar al convencimiento de que, en un momento determinado, se considere en posesión de esa mínima capacidad nuclear que hace efectiva la reacción en cadena de la escalada atómica y sentir tentaciones de lanzarse por ese camino.

Teóricamente, pues, nada se opone, en el plano de las puras posibilidades físicas, a que el enfrentamiento directo de China con Estados Unidos en el Sudeste asiático alcance su estado de escalada atómica.

Admitida esta realidad, cada vez menos remota, queda el problema centrado en el marco de las fórmulas que, más o menos especulativamente, se han propuesto para alejar el riesgo, de apocalípticas consecuencias, de una escalada nuclear.

Cada una de estas fórmulas de controlar y atajar el fantasma de una escalada nuclear comparte toda una teoría del empleo de la disuasión. Una de estas teorías, quizá la que cuenta con más adeptos, es la de la "respuesta adaptada", conocida también por los nombres de "dosificación en la respuesta" o "respuesta flexible".

El general Baufré condensa en la siguiente proposición la esencia conceptual de respuesta flexible diciendo que "el empleo de la fuerza debe ser dosificado de acuerdo con los medios requeridos para atender justamente a los fines estratégicos fijados por los objetivos políticos. No se debe des-

truir, sino para vencer; es decir, que la respuesta a un ataque ha de estar adaptada al problema particular que haya provocado el conflicto”.

Es fácil darse cuenta que esta fórmula, por sí sola, presenta pocas garantías de eficacia para servir como elemento de ruptura de una posible escalada nuclear, ya que le falta la concurrencia de una actitud limitativa que sirva de freno inicial ante un ataque atómico. Esta necesaria premisa limitativa constituye, precisamente, el núcleo de la idea de la “pausa” debida al general norteamericano Lauris Nostrad, para quien no puede haber “respuesta adaptada” si no se provoca, previamente, un *tempus* apropiado para reflexionar.

“A todo ataque agresivo limitado, aunque sea nuclear—dice el general Nostrad—, es preciso reaccionar con una “pausa”, durante la cual el agredido pueda identificar al agresor y valorar debidamente la amplitud, intensidad e intenciones del ataque. Hay que dar cabida a una “tregua” que permita al agresor tomar una decisión consciente y al agredido elegir la respuesta adaptada al acto de agresión recibido.”

Por lo demás, el general Nostrad no precisa el tiempo que tal tregua voluntaria debe durar. Pueden ser minutos, horas, e incluso días.

Esta tesis de la “pausa” introduce, indudablemente, un positivo elemento de control en la posible y temida reacción en cadena de sucesivas respuestas adaptadas, frenando la inercia ascendente del fenómeno de la escalada.

Aplicadas estas ideas teóricas a la evolución del conflicto vietnamita, observamos cómo, efectivamente, la estrategia americana y también, en cierto modo, la china han venido siguiendo un sistema de respuestas adaptadas sucesivas e incluso se han producido, por parte americana, los períodos de “pausa” que la teoría prevé.

El hecho mismo de que, a pesar de este sistema de riesgos calculados, no se haya llegado a un arreglo en el conflicto, indica claramente que las posiciones políticas de ambos contendientes se mantienen firmes, y que por una y otra parte se lleva la cuestión dentro de unos rigurosos cánones de frío conocimiento del problema, que, por tanto, ha de tender a endurecerse.

En tales circunstancias existe una elevada probabilidad de que esta “escalada consciente” continúe; pero, ¿hasta dónde?

El profesor Kissinger, inspirador, como es sabido, de la política estratégica del Pentágono, ha enunciado, con meridiana claridad, dónde debe si-

tuarse el punto de inflexión entre escalada lenta y la escalada rápida. Según él, este punto crítico se alcanza en el momento mismo en que uno de los contendientes recurra al explosivo atómico, aunque sea en el campo táctico o en el simplemente local y defensivo.

En consecuencia, debe evitarse, a toda costa, la nuclearización, por mínima que sea, de los conflictos convencionales, rechazando de plano toda tentación de introducir el explosivo nuclear en los combates provocados por conflictos inicialmente convencionales y localizados.

Para evitar ese punto crítico, que puede ser el de "no retorno", es preciso renunciar incluso a las armas nucleares limpias de corto alcance y bajo nivel de destrucciones.

Si Norteamérica sigue esta doctrina, como la ha seguido hasta ahora, no parece fácil que se llegue a la escalada atómica por incitación de los Estados Unidos. Pero queda la duda de si China se adaptará a esta prudente conducta. Todo depende de la fe que tengan los estrategas comunistas chinos en la infalibilidad de la acción revolucionaria. Es lógico pensar que sólo en un caso desesperado pueda China llegar a lanzarse por un camino tan incierto como el del ataque nuclear, mientras el de la guerra revolucionaria, a través de una "potencia víctima" como lo es Vietnam del Norte, les siga dando buenos resultados.

Pero todas estas fórmulas, todas estas teorías de control de la escalada son de carácter esencialmente negativo, y por ello, inoperantes para dar, por sí mismas, una solución al conflicto, que teóricamente ha de llegar a un punto de equilibrio dentro de la acción militar convencional del cuál sería muy difícil salir.

En estas condiciones la solución ya no puede venir de la confrontación militar, sino de la acción diplomática. Se impone, pues, la necesidad de que mientras se está desarrollando en los campos de batalla el proceso controlado de la disuasión adaptada, flexible, lenta y friamente dirigida por las máximas autoridades políticas de los dos países, esas mismas máximas autoridades han de verse obligadas a establecer un diálogo diplomático lo más directo posible para buscar salidas negociadas a un conflicto que en lo militar haya llegado a un equilibrio irrompible.

La última conclusión, pues, de este esquemático análisis, nos lleva a considerar que, si bien existe una probabilidad cierta de que el conflicto vietnamita continúe endureciéndose a través del actual proceso de escala-



da, a la larga habrá de desembocar en una pugna diplomática, para llegar a la cual en las mejores condiciones, cada uno de los dos oponentes protagonistas del duelo: Estados Unidos y China, han de procurar acumular ventajas militares a su favor, las cuales, sin ser resolutivas, pesarán de forma sustancial en la mesa de la negociación que en su día, quizá no muy lejano, se abra para sustituir al campo de batalla.

JESÚS SALGADO ALBA.



## *CRONOLOGIA*

